

---

# LA CALLE (2)

---

por ESTEBAN CARDA RIUS

---

La calle es compleja y sencilla, alegre y triste. Sus problemas son importantes para el desarrollo del núcleo urbano que constituye. La madre, dice, que un niño, un hijo, es como una casa; pero dos, son como una manzana. La población crece, se agranda y transforma. Otras calles aparecen y al juntarse, constituyen barriadas, barrios, que aglutinan, reúnen más gente, problemas, ocupación, movimiento, vida.

El *cartero* no tiene suficiente con una calle, es poca para su trabajo; y entra de lleno en el distrito, la sección, el barrio. ¡Cuántas alegrías, penas y disgustos han portado los carteros!. Villarreal, desde hace bastantes años, se convirtió en meta e ilusión para los carteros procedentes de Onda, donde, sospecho, se constituyó una academia preparatoria de oposiciones que consiguió invadir de carteros varias poblaciones de La Plana. Interesante la figura de los antiguos carteros, - don Patricio Bort Morales-, con su bolsa, talega de cuero grueso al hombro, repartiendo la correspondencia hasta en la mañana de los días festivos. Hoy, son ya una legión los carteros femeninos, "las carteras", que han cambiado el clásico bolsón de recia badana, antiestético y pesado, por el cómodo carrito de la compra.

Y "el terrero" que vende "terreta" para limpiar o "escurar les dones". Tuvo que hacerse una necesaria aclaración señalando que "la terreta" era un producto tal y cual, para que las mujeres pudiesen limpiar, no para asearlas a ellas.

"L'allero" vende por las calles trenzas, ristas de ajos y "alls tendres".

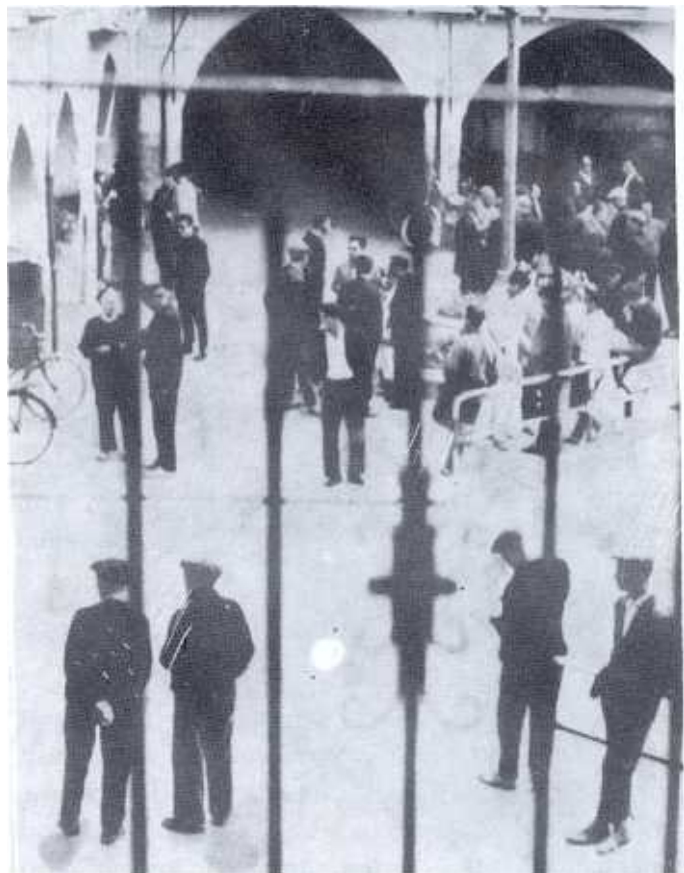
"El pastisser del raval del Carme", todos los días laborables, salía de su pastelería a una hora exacta, puntual, por la mañana. Tomaba la calle Zumalacárregui, antes Joaquín Costa, más atrás Santa Catalina, y ya en la lejanía, "carrer dels empredrats" y "carrer del vall fondo"; llegaba hasta la calle de la Penitencia, que se llamó antiguamente "Carrer del Forn de Meseguer", y cuando la República, Pérez Galdós. (Pere el Caldós, dijo un edil). "El pastisser del raval del Carme"



iba por la calle de los Angeles hasta la de la Ermita y se adentraba en el mercado. Allí, la mercancía, *panquemados i valencianes*, bien menguada por las ventas del camino, desaparecía. Las amas de casa gustaban de las pastas para el desayuno familiar acabadas de sacar del horno.

Un "xiquet", una casa; dos, una manzana.

Mención especial una costumbre, casi actividad laboral. La paseadoras, "passejadores", muchachas recién salidas de la casa paterna, que pasaban a prestar el servicio de gran responsabili-



dad, de tomar en brazos "als xiquets de bolquetets" y pasearlos por calles y plazas y jardines, con parada obligada en los domicilios de los familiares del "xiquet". Iban aseadas y limpiísimas; se las proveía de delantal blanco y almidonado, con lazo y todo, que daba gloria verlas tan dispuestas. Cuando el "xiquet" era ya un hombre, más de una mujer ha presumido de haber sido su "passejadora".

El hermano lego de los Padres Franciscanos, recorría la ciudad con las clásicas alforjas al hombro, recogiendo limosnas, casa por casa, en metálico o en especie, por el amor a Dios, nada menos que por amor a Dios, para la sopa del convento que se daba a los pobres. Era misión y quehacer de los frailes legos, conocidos también como motilones porque no tenían opción a las órdenes sagradas. Igual como Pascual Baylón, que trajinaba la villa con los pies encallecidos, ganándose el cielo a pulso; y que lo consiguió, vaya si lo consiguió.

"El pregoner", voz pública, denominado alcaide-pregonero en la plantilla municipal. Los bandos, a viva voz, anunciados mediante toque de trompeta en los sitios de costumbre, que se conocían como "sitios de bando", y existía en las esquinas correspondientes una placa o letrero indicador. "El pregoner" era el conserje de "Ca la Vila", no un ordenanza. Vivía en el edificio del Ayuntamiento y tenía a su cargo el retén o los calabozos. La esposa, "la pregonera", se encargaba de la manutención de los detenidos. Los bandos, siempre en un valenciano coloquial, de andar por casa, muy diferente del valenciano intelectual, gramatical, clásico e inentendible algunas veces. Todos los bandos comenzaban igual: "D'ordre del sinyor Alcalde, se fa saber:" Y a continuación se soltaba el rollo dispuesto por la primera autoridad local. Muchos bandos, antes de publicarse ya se sabían: que si la contribución, que si los arbitrios, que si tal, que si cual. Pero había otros característicos, de una fecha o circunstancia concreta, como el que se emitía la mañana del viernes anterior al primer domingo de septiembre, invitando al vecindario en nombre del Alcalde, para que acudiese a la recepción de la Virgen de Gracia y colocase colgaduras y luminarias en los balcones y ventanas.

El mismo pregonero oficial, era el encargado de "les cofradies". En distintas esquinas de la población, que no eran precisamente los sitios de bando y se concertaban de común acuerdo entre las dos partes interesadas. El "pregoner", tocaba



de una manera peculiar una estridente campanilla, tres veces, y en voz alta, pero sin gritar, decía: "frases i cofrades de la Puríssima Sang, aniran a acompanyar esta vesprà (o este matí), a les tantes hores, a Fulano de Tal, que ha passat d'esta vida a l'altra". Volvía a tocar la campanilla, tres veces, y repetía: "frases i cofrades de Sant Francesc..."; tres toques más de campanilla y seguía: "frases i cofrades de la Mare de Dèu del Carme...", repitiendo la hora del entierro y el nombre del difunto. Así, tantas veces como se concertaba la convocatoria. Para acabar "les cofradies", el pregonero terminaba con voz más elevada: "al carrer tal, número tal", y añadía el apodo del difunto, que venía a ser como la contraseña para que todo el mundo se diese por enterado quién era el que había pasado de esta vida a la otra.

Por calles y plazas se veía mucha gente de luto, más o menos riguroso. Negro betún.

Había otro pregonero que no hacía la competencia al municipal. Era el particular del Sindicato de Riegos. Su misión consistía en anunciar la llegada del agua para riego de los huertos. También tocaba su trompeta, pero de distinta manera. No podía haber confusión. La can-

turria: "Demà de matí, a les tantes, entra l'aigua a les Solades (A Carinyena, a Cap de Terme). Que reguen arreu en fila". Esta salmodia pregonera, constantemente oída, se rompía por encantamiento y alegría, cuando, el "tiple", arriba del campanario, bajo el "simolet", tocaba "augment", y entonces no se respetaba nada y todos podían regar, a su manera.

La calle fue de la Banda de Música en multitud de acontecimientos. Desde la alegría de la fiesta hasta las marchas fúnebres en los entierros de personalidades o difuntos distinguidos. Existía la costumbre, y supongo que continuará, atención y delicadeza, de acompañar a los músicos compañeros que fallecían, cerrando el duelo del entierro la Banda de Música uniformada, con bandera y crespón negro. La Banda de Villarreal está ligada al "mestre de la música" José Goterris Sanmiguel, apodado "el Rullet", fallecido en 1930. Dirigió la Banda más de veinte años, jalonados de galardones, distinciones y premios. El Ayuntamiento, sale y regresa corporativamente a la Casa Consistorial; la Banda, interpreta una de las más brillantes composiciones del maestro Goterris: la Marcha de la Ciudad, por las calles se escuchan sus marchas procesionales y sus pasodobles: "Martínez", "Casino Antiguo", "Vernia"...; y en las salas de concierto, sus piezas sinfónicas: "Europa 1915", "El Mijares"... Fue un artista total que consagró su vida a su pueblo, en que nació, vivió siempre, y allí está enterrado. Su testimonio de entrañable cariño hacia Villarreal, perdura en su música, que se escucha con la misma ilusión que medio siglo atrás.

"El coeter", el pirotécnico, actúa en numerosas fiestas, las locales y las de barriada, en cuanto se refiere al ruido, al estruendo que muchas veces molesta al tranquilo vecindario. Al alba, cuando se despiertan las campanas, empezaban "els boletons", "els tronadors", en la esquina de la torre-campanario. No hay fiesta sin cohetes. Y los niños comienzan su aprendizaje con "les piruletes". Tracas, muchas tracas. Las más interesantes, en la recepción y despedida de la Virgen de Gracia, en las inmediaciones del mercado de la plaza de Colón. Este mercado, el anterior al actual, funcionó desde 1927 a 1970. El vetusto mercado fue una excelente caja de resonancia que lograba la armonía de las tracas, que perdían el ruido de cohetes, para lograr un redoble de tambor al que se asociaban atabales y tamboriles, bombo de resistencia pellejo atacado por fuerte maza. Dignas de mencionarse las cuatro tracas

finales de fiestas de San Pascual y de la Virgen de Gracia. Al sonar las doce de la noche, en la hora bruja, que hay en todos mundos, acabado el concierto de la Banda de Música en medio de la Plaza Mayor, empezaba la traca por la calle de Onda, finalizando a los pies del campanario; otra nacía allá en el Hospital para acabar en la Plaza Mayor; la tercera, calle de Burriana y Ramón y Cajal, se apagaba en la misma plaza; y la final de todas, desde el templo de San Pascual, rápida como una centella, precedida de docenas de muchachos que la corrían, llegaba a la Plaza Mayor y subía hasta el alto "simolet" de la torre, iluminada por la pólvora de colorines y tras el postrer "boletó" subía a los cielos un inmenso plumero o abanico de cohetes voladores alumbrando el firmamento nocturno, admiración de las gentes que llenaban la antigua plaza porticada.



"La mascletà" no se conocía; pero "la cordà", sí. Era una lucha salvaje a base de "coets borrarros" sin la caña que lo hace ir recto, y cuya potencia era medida "per paraes" que arrastraban colas de pólvora encendida y final explosivo de gran efecto. Había "coeters" que utilizaban cohetes con un "hamet", anzuelo o arponcillo que se adhería a la ropa de los participantes sin poderse despegar o desenganchar, produciendo quemaduras si el interesado no iba bien preparado. Si decaía el interés, la organización se encargaba de amenizarlo, soltando centenares de cohetes que encendían la calle por los cuatro costados.

Antes, la basura iba a los campos como abono; después se impuso la recogida domiciliaria y se

contrataron servicios con carros inadecuados y depósitos improcedentes por allá por las Casas de Capote, en las cercanías de los pozos del agua potable de la red municipal. Entonces fue cuando aparecieron los basureros, que hacían el servicio de recogida, diurno.

La calle es de todos, sin lugar a dudas. La primera salida a la calle del ser humano, era para cristianizar; la postrera, para enterrar. Desde "xiquet de bolquerets" en brazos de "la passejadora", hasta amortajado a hombros de deudos y amigos, entre estos dos acontecimientos, la calle es, ha sido y será imprescindible para todo ciudadano. Es un bien común, de uso público, inalienable, que no se puede enajenar.

Lugar de contratación, "a llogar-se"; buscar corredor de naranjas, resolver en centros oficiales, tramitar asuntos, ir a al taberna, al casino, simplemente a paseo. Y en los paseos, la muchachada, cruza sus miradas que dicen cosas misteriosas en silencio, enrojeciendo las mejillas, tintineando los ojos, produciendo en los oídos el sonido especial del tintín.

Fueron las procesiones, ahora no tanto, concentración de gentes. La participación era semejante, con algunas diferencias. La principal característica de la procesión del Corpus, era que al paso del Santísimo, las mujeres, con el "catret" bajo el brazo, se iban agregando detrás de la banda de música, hasta lograrse una ingente multitud que acompañaba al Señor en su salida litúrgica por la ciudad. No ocurría así el Viernes Santo, que cerraba el desfile la Soledad, sola, sin mujeres que la acompañaran. Las procesiones generales fueron las primeras y las más importantes. Salían del templo, un año, hacia la calle San Roque para pasar por las calles mayores, Vives, Desamparados, Plaza Mayor, y entrar en la Iglesia. Al otro año, por San Antonio, Valle, calles mayores, a buscar por Tárrega la Cueva Santa, Plaza Mayor y templo. Ambos recorridos hacen un ocho en su itinerario por la vila. De tal manera, que la población de la antigua Villa, podía presenciar en su calle y casa, las procesiones generales. Bueno; pues la procesión que comenzaba un trayecto, un tipo de vuelta, era la del Corpus; y todas las del año que fuesen procesiones generales, seguían la misma carrera; y la procesión que cerraba el ciclo era la del Viernes Santo, que preside la Soledad, de luto total, y que actualmente, no hace ya su recorrido histórico.

En octubre, todos a la capillita del Pilar; al mes siguiente, al Cristo del Hospital, que en esos

días la conocen por el Cristo del Barrio.

El "bou per la vila", es el máximo poder de reunión conocido. Dicen que el "bou per la vila" es una salvajada. Otros opinan que es cultura y de la buena. Tanto para unos como para otros, el "bou embolat", continuación del "bou per la vila", supera las opiniones favorables y disconformes. Lo innegable es la cantidad de gente que congrega, que hace fiesta, y lo más probable es que no llegue a ver al toro ni por la tarde ni por la noche.

El viernes anterior al primer domingo de septiembre, frente a los Carmelitas, las gentes, el pueblo, recibe a su Patrona y por la calle de la Ermita la acompaña a su casa, para hacerle fiestas. Al domingo siguiente, segundo de septiembre, la Virgen Patrona, se va otra vez a su ermito-



rio, en la ribera del Mijares saludable. Todos los vecinos se despiden de Ella, que, dicen, sonrío. Y la acompañan millares hasta el "termet", donde está el ermitorio.

Difícil está la calle en nuestros días. Siempre lo ha estado, pero menos. Difícil mantenerla limpia, tranquila. Cuando fue patrimonio infantil, inocente, de juegos y correrías, cada parcela de calle frente a la casa, era una continuación de la vivienda, que la mujer aseaba y pulía como hacía con cualquier habitación del inmueble en que residía.

"L'arruixador i la granera", armas hacendosas, dominaban la calle, que quedaba limpia como una patena, convertida en un cachito de cielo.